



www.cibereduca.com



**V Congreso Internacional Virtual de Educación
7-27 de Febrero de 2005**

**VIOLENCIA ÍNTIMA EN LA ADOLESCENCIA:
SU ABORDAJE DESDE UN ENFOQUE PSICOEDUCATIVO**

Andrés A. Fernández Fuertes ⁽¹⁾ y Lucía Arias Lanero ⁽²⁾

Correspondencia: Andrés A. Fernández Fuertes (aaff@usal.es)

(1) **Facultad de Psicología (Universidad de Salamanca) – Salamanca**

(2) **Asociación de Telefónica para la Atención de Minusválidos (ATAM – Grupo Telefónica, S.A.) – Pozuelo de Alarcón (Madrid)**

AGRADECIMIENTOS: Estudio financiado con fondos de la *Conserjería de Educación* de la *Junta de Castilla y León* y del *Fondo Social Europeo*

RESUMEN

En la actualidad nadie duda de que la violencia íntima es un problema social de gran envergadura, y que es necesario destinar más medios para erradicarlo, pero este fenómeno no es exclusivo de las relaciones de pareja adultas. En este estudio, realizado con una muestra de 572 adolescentes, se aprecia como de cara a solventar este problema es necesario fomentar la prevención en edades precoces: la violencia íntima está presente en un número significativo de chicos y chicas, y aunque la frecuencia de estos episodios tiende a ser baja, estos escenarios producen consecuencias muy negativas para el bienestar de estos jóvenes. Este trabajo concluye con una serie de recomendaciones útiles para elaborar programas preventivos con sujetos de estas edades.

PALABRAS CLAVE: Adolescencia, noviazgo, violencia íntima, prevención, programas psicoeducativos.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN

2. MÉTODO

2.1. SUJETOS

2.2. INSTRUMENTOS

2.3. PROCEDIMIENTO

3. RESULTADOS

4. DISCUSIÓN

5. COMENTARIOS FINALES

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. INTRODUCCIÓN

La violencia en la pareja, entendida como aquel tipo de violencia que se produce en un ámbito privado en el que el agresor tiene una relación de pareja con la víctima, es una lacra social de grandes proporciones, y ante ella sólo cabe poner todo nuestro empeño y los recursos necesarios para evitar que se sigan produciendo episodios de este tipo, una exigencia social que ya ha comenzado a dar sus frutos, pero que todavía distan de ser suficientes.

En nuestra opinión, si realizásemos una encuesta a pie de calle, nos encontraríamos con que buena parte de los ciudadanos considerarían que éste es un problema que se da, casi exclusivamente, en parejas adultas, normalmente casadas, con una orientación del deseo

heterosexual; además, si en ese estudio ficticio tuviesen que identificar quién es comúnmente el agresor, pensamos que la mayor parte de estas personas coincidirían en asignar al varón este papel, y seguramente en muchos casos no les faltaría razón para tener en mente esta representación del problema, pero al mismo tiempo, este estereotipo está ignorando que la violencia íntima no entiende de edades ni de orientación del deseo; no tener esto en cuenta puede estar contribuyendo a la perpetuación de la violencia en la pareja, una afirmación que comparten la mayor parte de investigadores que trabajan en estos temas y de la que nosotros participamos.

En relación con esa última afirmación, no debemos caer en el error de pensar que éste es un problema poco significativo en otras parejas, como las de los adolescentes, basándonos en la frecuencia con la que se producen los desenlaces tan trágicos que, lamentablemente, aparecen con cierta frecuencia en los medios de comunicación. De hecho, aunque afortunadamente el número de asesinatos sea mucho menor a estas edades, podemos referirnos a otras formas de violencia que también causan un gran sufrimiento, y no precisamente con una baja frecuencia; en este sentido, algunos investigadores consideran que el número de conductas agresivas que se dan en las parejas de los adolescentes es superior al de las adultas (Barnett, Miller-Perrin y Perrin, 1997), aunque aclarando que ambos tipos de violencia no son equiparables sin más (Bookwala, Frieze, Smith y Ryan, 1992).

Sin caer en alarmismos, debemos decir que la violencia íntima está presente en una minoría sustancial de jóvenes, y por ello, debemos poner los medios para terminar con esta situación, primero, porque es un problema en sí mismo para los chicos y chicas que se ven envueltos en estas situaciones, y segundo, porque entendemos que constituye una formidable estrategia para eliminar la violencia doméstica (Follingstad, Wright, Lloyd y Sebastian, 1991; Foshee, 1996). Sin embargo, en la actualidad, es muy poco lo que sabemos sobre este problema, especialmente en España, y quizás por eso, los primeros pasos seguramente deberían ir encaminados a solventar esta carencia de conocimiento.

Para paliar, en alguna medida, esta necesidad, llevamos a cabo este estudio exploratorio con la intención de que los resultados alcanzados puedan ser útiles para conocer la naturaleza del problema al que nos enfrentamos y tal vez, para ofrecer alguna orientación sobre el contenido y la forma en que deben implementarse los programas preventivos.

Los retos que nos hemos marcado con la realización de este estudio responden fundamentalmente, como no podía ser de otra forma, al estado actual de la investigación sobre este problema en España. Así, nos hemos fijado una serie de objetivos que pasamos a enumerar:

a) Obtener una herramienta fiable y válida para la investigación del fenómeno de la violencia en relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes españoles, que supere las limitaciones de otros instrumentos de evaluación.

b) Llevar a cabo una exploración de este problema en la adolescencia media-tardía, que es cuando vamos a tener un mayor número de adolescentes que hayan tenido o mantengan una pareja en la actualidad.

c) Realizar un análisis de los antecedentes que forman parte de los episodios violentos de estas relaciones íntimas, en concreto, de los motivos subyacentes a estas dinámicas, según los propios adolescentes.

d) Examinar algunas de las consecuencias que pueden originarse como resultado de una relación abusiva, tanto para aquellos sujetos que son víctimas, agresores o incluso ambas cosas, como para la propia relación de pareja.

2. MÉTODO

2.1. SUJETOS

La selección de la muestra y la recogida de datos se llevaron a cabo en cinco institutos de enseñanza secundaria de Salamanca capital de forma incidental, siendo todos ellos centros públicos. En cuanto a la descripción de las características de la muestra final, tenemos que indicar que está integrada por un total de 572 estudiantes de los cursos de 4º de la Educación Secundaria Obligatoria (ESO) y de 1º y 2º de Bachillerato.

Si nos referimos ya a los datos demográficos de los sujetos que participaron en nuestra investigación, tenemos que el sexo de los integrantes de la muestra se distribuyó de la siguiente forma: el 41,6% eran chicos ($n = 238$) y el restante 58,4%, chicas ($n = 334$). Sobre el rango de edad encontrado, podemos afirmar que osciló entre 15 y 20 años y finalmente que la edad media observada en la totalidad de la muestra fue de 16,66 años ($DT = 1,03$), y desglosada por sexos, de 16,75 para ellos ($DT = 1,02$) y de 16,60 para ellas ($DT = 1,03$).

A parte de estos aspectos de carácter individual, creemos que también es interesante que exponamos una breve descripción de las relaciones de pareja de los adolescentes que formaron parte del presente estudio. En primer lugar, tenemos que un 59,9% de los participantes ha tenido al menos una pareja en estos últimos doce meses, pero no así en la

actualidad: esta segunda condición sólo la cumple un 40,1%. Además, la edad media de las parejas de los chicos y chicas que respondieron a los cuestionarios se situó en 17,24 años (DT = 2,07), y como dato final, la duración media de la relación en la que pensaron al responder al cuestionario fue de ocho meses aproximadamente (DT = 8,88), con una amplitud que abarcó desde 3 semanas a 55 meses.

2.2. INSTRUMENTOS

- Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory (CADRI): prueba diseñada por Wolfe y colaboradores (2001) específicamente para sujetos adolescentes, que evalúa cinco tipos de violencia ($\alpha = .85^1$), a saber, sexual ($\alpha = .65$), relacional ($\alpha = .67$), verbal-emocional ($\alpha = .78$), física ($\alpha = .75$) y amenazas ($\alpha = .55$). Este inventario está formado por 25 elementos evaluables con cuatro opciones de respuesta, que van desde “nunca” (*esto no ha pasado en nuestra relación*), categoría a la que se le asigna un valor de cero, hasta “con frecuencia” (*se ha dado en seis ó más ocasiones*), etiqueta a la que se le otorga una puntuación de tres.

- Escala de Motivos por los que se Discutió con la Pareja: instrumento de 11 ítems con un formato de respuesta idéntico al CADRI, y que se integran en tres subescalas denominadas respectivamente *Insatisfacción con la pareja* ($\alpha = .70$), *Desgaste relacional* ($\alpha = .68$) y *Celos* ($\alpha = .70$).

- Escala de Consecuencias de las Discusiones con la Pareja: cuestionario de 21 elementos tipo Likert, tal y como se explicó con anterioridad, que se distribuyen en cinco factores, a saber, *Deterioro relacional* ($\alpha = .80$), *Daño físico* ($\alpha = .72$), *Deterioro psicológico* ($\alpha = .70$), *Culpabilidad* ($\alpha = .68$) y *Alienación* ($\alpha = .61$).

2.3. PROCEDIMIENTO

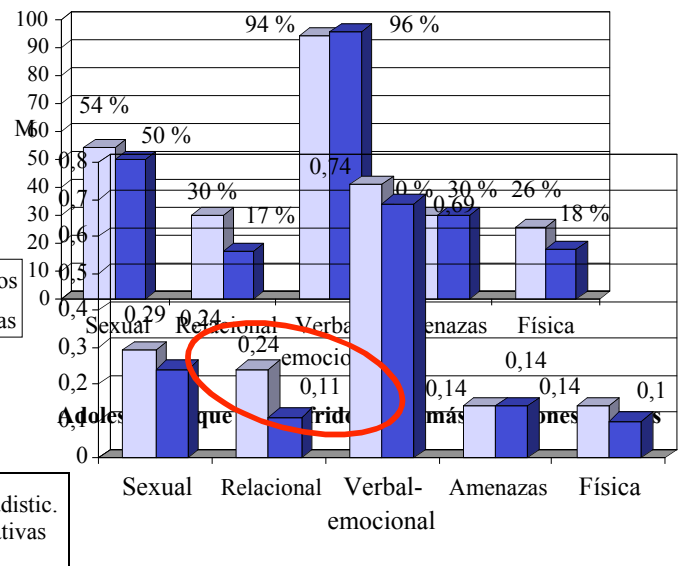
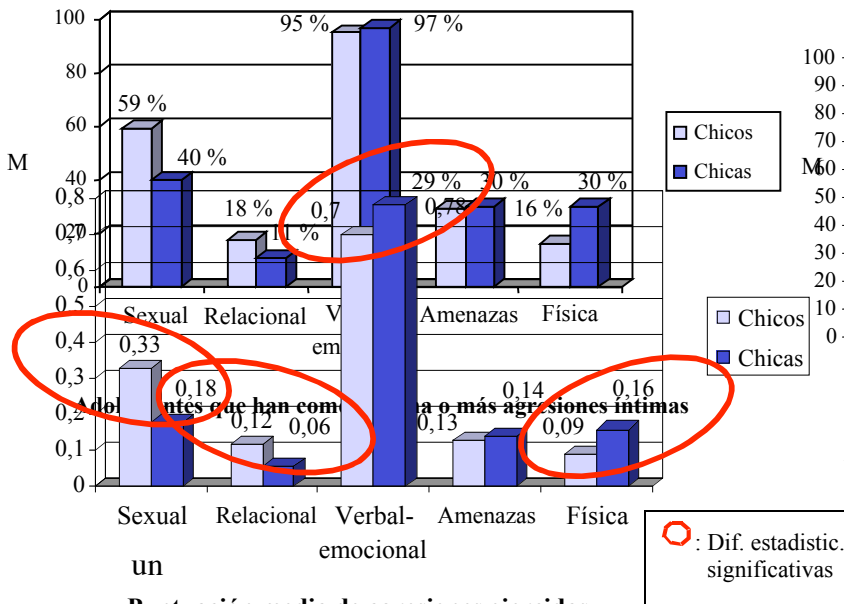
Se optó por un diseño de tipo correlacional. Sobre el análisis de los datos tenemos que indicar que se efectuó sirviéndonos del paquete estadístico SPSS 11.5, con el que se llevaron a cabo análisis factoriales, análisis de fiabilidad, contrastes *t* de Student para muestras independientes, coeficientes de correlación de Pearson y modelos de regresión lineales simples.

3. RESULTADOS

¹ Los datos que figuran corresponden a la versión traducida

▪ Datos sobre actos violentos cometidos y sufridos en la relación de pareja en la que piensan al responder (se exponen los porcentajes de chicos y chicas que respondieron que efectivamente esas situaciones se habían producido en su relación de pareja en al menos una ocasión):

▪ Frecuencia de agresiones íntimas perpetradas y sufridas (diferencias de medias en

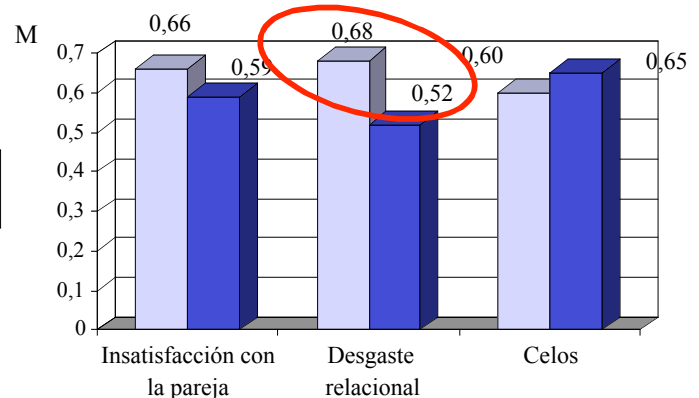
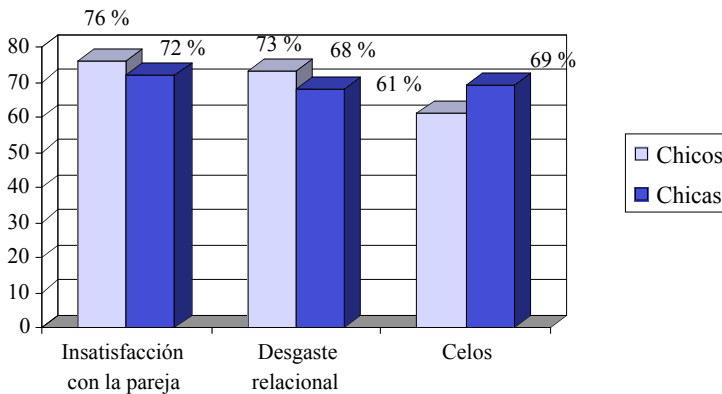


Puntuación media de agresiones ejercidas

rango que va desde cero [eso se ha producido en cero ocasiones] hasta tres [eso se ha dado en seis o más ocasiones]) en la relación de pareja:

Puntuación media de agresiones sufridas

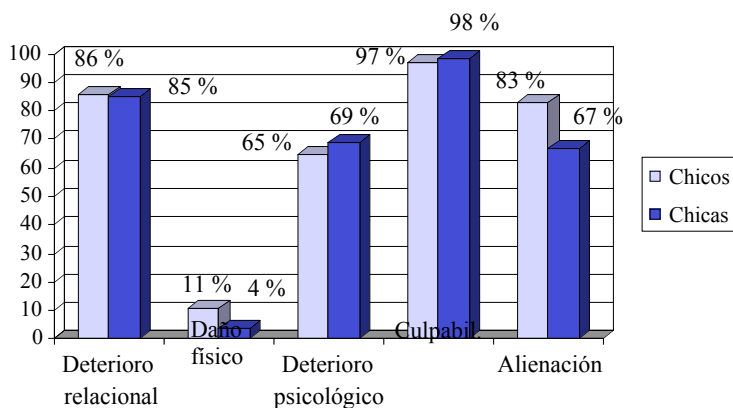
▪ Datos sobre los antecedentes de las peleas de pareja (motivos que originaron discusiones entre ellos):



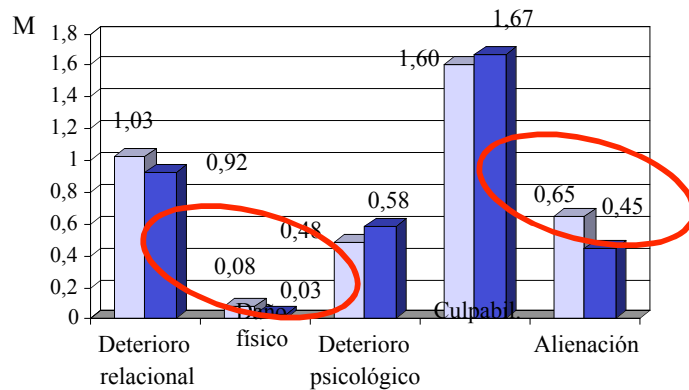
Adolescentes que han manifestado cada motivo una o más veces en sus discusiones de pareja

Frecuencia media con la que se han relacionado cada uno de los motivos

- Datos sobre los efectos que producen las discusiones de pareja



Adolescentes que relataron haber experimentado en al menos una ocasión cada tipo de efecto



Frecuencia media para cada consecuencia de las peleas con la pareja

- Variables asociadas a la aparición de la violencia íntima:

En primer lugar nos gustaría decir que la variable que más se asocia con el hecho de implicarse en una determinada conducta agresiva, es precisamente ser víctima de esa conducta, una afirmación, si cabe, aún más válida para las chicas. Nosotros pensamos que este dato puede tener dos posibles lecturas, no excluyentes: por una parte, que esto se deba a dinámicas violentas dentro de la pareja y por la otra, que este resultado se relacione con conductas de autodefensa, especialmente ante situaciones de violencia física.

En segundo lugar, los análisis de regresión de los chicos muestran, en mayor medida, que las agresiones que ejercen guardan más relación con otras formas de violencia, también perpetradas por ellos, mientras que en las chicas, las agresiones que comenten tienden a relacionarse más con otros abusos sufridos; esto nos hace suponer, que la violencia de las adolescentes de nuestro estudio parece ser más reactiva que la de los chicos, aunque por el tipo de diseño no podamos confirmarlo.

En último lugar, nos sorprendió comprobar la poca importancia de los motivos por los que se produjeron las discusiones, cuando en los análisis de regresión se incluían los

abusos sufridos, puesto que por las matrices de correlaciones sabíamos que las asociaciones eran muy altas.

▪ Variables asociadas con la aparición de las diferentes consecuencias de las peleas en el seno de la pareja:

Como nota final a todos estos resultados, y para no extendernos mucho más, vamos a destacar simplemente la trascendencia de las agresiones verbales-emocionales que se reciben del novio o novia, en la explicación de las consecuencias que derivan de los conflictos relacionales, con excepción de la de daño físico.

Nosotros consideramos que esto es especialmente grave, puesto que estamos hablando de la forma de abuso más común, también según los datos de otros trabajos; asimismo, tenemos que tener presente que quizá es el tipo de violencia más tolerado por la sociedad y, paralelamente, el que ha sido más descuidado en investigaciones sobre violencia íntima, principalmente con sujetos de estas edades (Stets, 1991; citado por Sharpe y Taylor, 1999).

4. DISCUSIÓN

De entre los resultados de esta investigación, sin duda hay uno que puede resultar especialmente controvertido: ¿a qué puede deberse que las chicas se muestren más agresivas físicamente que los chicos? Foshee (1996) ofrece dos posibles explicaciones a este resultado presente en muchos trabajos con adolescentes: que realmente ellas sean más agresivas que ellos de forma física, pero además en nuestro caso, verbal-emocionalmente, o bien, que esos resultados sean engañosos, tal vez porque estas cifras encubran conductas autodefensivas, porque los chicos subestimen las agresiones que cometen, o tal vez, porque se relacionen con sesgos en las herramientas de evaluación.

Como argumentos a favor de la primera de estas posibilidades, tenemos que los chicos posiblemente están socializados para defenderse a sí mismos y para responder a los ataques sólo cuando son atacados, y al mismo tiempo, para no ser agresivos con las chicas (Geen, 1990; citado por Bookwala et al., 1992); paralelamente a esta explicación, tenemos que la violencia femenina tiende a verse como más aceptable socialmente, y aunque también es cierto que ellas suelen tener actitudes más negativas hacia la violencia en general (Slep, Cascardi, Avery-Leaf y O'Leary, 2001), es plausible que ellos sean más conscientes de que no deben propasarse con su pareja e inhiban más este tipo de actos que ellas en la adolescencia. En este sentido, en algunos trabajos se ha encontrado que son las adolescentes

las que más reconocen haber iniciado episodios violentos en sus parejas (Billingham y Sack, 1986; Bookwala et al., 1992), y además, que un mayor número de chicos que de chicas se declaran víctimas de agresiones físicas (Linder, Crick y Collins, 2002).

Fiebert y González (1997) van más allá al plantear, no ya solamente que esos modelos de socialización puedan estar en la base de una menor agresividad física por parte de ellos, sino que además, tal vez esas mismas pautas educativas pueden estar fomentando la implicación de ellas en actos agresivos. Así, en su estudio retrospectivo con mujeres adultas-jóvenes, que admitieron haber iniciado agresiones físicas contra sus parejas en una o más ocasiones, como razones de fondo por las que ellas fueron físicamente violentas, encontraron que un 24% de la muestra (n = 978) manifestó que los hombres podían protegerse a sí mismos, y por eso ellas no se preocupaban cuando eran físicamente agresivas, asimismo, que un 19% pensaba que la mayor parte de los hombres habían sido educados para no golpear a mujeres, por lo que no temían represalias, también que un 13% entendía que ellas debían de ser capaces de poder expresar físicamente su enfado hacia los hombres, y por último, que un 12% se sentía fortalecida personalmente cuando se comportaba de forma agresiva con sus parejas.

En último lugar, y como apoyo a este punto de vista, nos gustaría añadir, que no son equiparables las manifestaciones de violencia física que se contemplan en estos estudios, con respecto a los llevados a cabo con sujetos adultos, y que si además, tenemos en cuenta que en la adolescencia, especialmente en los primeros años, las diferencias en corpulencia y fuerza física no son tan evidentes (Foshee, 1996), es posible que efectivamente, en la adolescencia, ellas sean físicamente más agresivas que ellos.

Con respecto a la segunda de las posibilidades, que mantiene la existencia de importantes sesgos en resultados de este tipo, según diversos investigadores, es necesario evaluar si estas conductas realmente constituyen actos autodefensivos ante las agresiones de los chicos (Bookwala et al., 1992; Foshee, 1996; Molidor y Toman, 1998; White y Koss, 1991). En este sentido, dentro del conjunto de ítems que elaboramos para la Escala de Motivos por los que se Discutió con la Pareja, figuraba uno que al final no fue incluido en ninguna de las subescalas resultantes, puesto que así lo recomendaban los análisis factoriales, pero que, aún así, puede ser muy ilustrativo: “tuve que ser agresivo/a para protegerme físicamente de él/ella”; este ítem fue respondido afirmativamente por un 5% de los chicos, frente a un 3% de las chicas. La similitud y la dirección que marcan los porcentajes nos hacen pensar que, posiblemente, la autoprotección no está en la base de los resultados en los que ellas obtuvieron valores más altos, o por lo menos, este motivo no es determinante en la explicación de esas diferencias, un punto de vista también apoyado por Follingstad et al. (1991).

Dentro de esta misma vertiente, otros autores cuestionan la veracidad de las manifestaciones de los agresores, especialmente si son del género masculino (Cano, Avery-Leaf, Cascardi y O'Leary, 1998; Hilton, Harris y Rice, 2000), en concreto, se habla de una predisposición a subestimar los actos violentos ejercidos (Moffitt et al., 1997), en buena medida, por deseabilidad social; sin embargo, aunque en nuestro estudio nos encontramos con que la frecuencia con la que los chicos fueron víctimas de agresiones físicas y verbales-emocionales no era estadísticamente superior a la de las chicas, los valores medios de esas variables sí que indicaban que ellos habían sufrido más violencia de estos dos tipos que ellas.

En relación con este argumento, investigadoras como Furr y Wetzel (2004) exponen que no hay motivos para pensar que la deseabilidad social esté actuando, de forma significativa, en la frecuencia con la que los chicos admiten perpetrar actos de violencia física, y que no ocurra lo mismo con las agresiones sexuales, un tipo de violencia que, según un amplio número de investigadores, es más cometida por ellos. Este razonamiento les sirve para concluir que la deseabilidad social tiene un poder explicativo muy limitado.

Por último, también caben, al menos, dos explicaciones complementarias a la anterior, sin descartar, por supuesto, la existencia de sesgos en los propios instrumentos de medida (Hilton et al., 2000). Cano et al. (1998) reflexionan sobre la posibilidad de que resultados como los nuestros se deban a que las chicas sean más introspectivas que los chicos, y que tal vez por eso, relaten un mayor número de episodios violentos cometidos sobre las parejas, con respecto a los chicos. Otros autores ofrecen un punto de vista bastante relacionado con éste, pero al mismo tiempo con un matiz muy diferente, al afirmar que datos de este tipo bien pueden reflejar una disparidad de criterio sobre lo que son agresiones y conductas violentas (Wolfe et al, 2001). En cualquier caso, perspectivas tan distintas, como éstas, nos están indicando lo importante que es llevar a cabo más estudios que aclaren las numerosas dudas que tenemos al respecto.

Tras sopesar los diferentes argumentos a favor y en contra de cada una de las dos posturas, nosotros nos decantamos por la primera de ellas, aunque no podamos descartar de ningún modo, que exista algún tipo de sesgo o explicación, como las que acabamos de señalar, que revele por qué ellas manifestaron ser más violentas que los chicos de forma física y verbal-emocional, si realmente no lo fueron.

5. COMENTARIOS FINALES

Con respecto a posibles implicaciones prácticas, entre los resultados de este estudio tenemos que un amplio grupo de adolescentes admitieron que en su relación de pareja tuvo lugar alguna forma de violencia, y aunque la frecuencia con la que se produjeron estos episodios parecía fundamentalmente baja, el escenario que describe esta investigación incide en la necesidad de llevar a cabo programas preventivos, especialmente de forma temprana (Wolfe y Feiring, 2000; González Méndez y Santana Hernández, 2001a).

Existen múltiples evidencias de la importancia de esta última idea: el problema de la violencia íntima se da en edades mucho más prematuras de lo que cabría pensar en un principio. En este sentido y dada la relevancia de los aspectos situacionales y de la historia previa del sujeto, intervenir en la adolescencia o incluso en fases previas, antes de que se hayan generalizado las relaciones de pareja entre chicos y chicas (Gwartney-Gibbs, Stockard y Bohmer, 1987), puede facilitar la sustitución de modelos de interacción potencialmente problemáticos evitando que estos se afiancen (Creasey y Hesson-McInnis, 2001; González Méndez y Santana Hernández, 2001b; Molidor y Toman, 1998; Wekerle y Wolfe, 1999; Wolfe y Feiring, 2000).

Estos programas preventivos, que deberían de realizarse preferiblemente antes de que podamos hablar propiamente de la existencia de un problema (Cano et al., 1998; Molidor y Toman, 1998), han de incluir, como primer aspecto, la sensibilización de la sociedad y por supuesto de los jóvenes, ante un problema poco conocido, pero que puede acarrear consecuencias muy negativas. En este sentido, debemos hacer un esfuerzo por hacerles entender a los jóvenes que algunas de las cosas que suceden en sus relaciones de pareja no son “normales” ni mucho menos saludables (Gray y Foshee, 1997; Molidor y Tolman, 1998), y que además muchas situaciones de maltrato se gestan ya desde el noviazgo, y se recrudecen posteriormente (González Méndez y Santana Hernández, 2001b).

Pero no es suficiente con informarles de la existencia de este problema: Kuffel y Katz (2002) abogan por implementar programas psicoeducativos que dediquen una atención preferente a fomentar un cambio de actitudes sobre el uso de la violencia, adoptando un punto de vista más prosocial, coincidiendo con otros autores como Avery-Leaf, Cascardi, O’Leary y Cano (1997). Entre los resultados del estudio realizado por estas investigadoras, figura que es posible producir un cambio de este tipo con intervenciones intensivas breves de tan sólo 90 minutos, aunque ellas mismas reconocen que, en muchas ocasiones, esto no se ve totalmente reflejado en la conducta de los adolescentes.

Por eso, quizá sea interesante un trabajo simultáneo con habilidades de solución de problemas y con el autocontrol, potenciando además, el aprendizaje de alternativas no violentas y más adaptativas a la hora de discutir (Foshee et al., 1996; López, 1995; Wekerle

y Wolfe, 1999). Asimismo, merece una especial atención la importancia de desterrar toda visión positiva de los celos y plantear, entre otros valores, la comunicación abierta y la asertividad, dentro de programas multifacéticos, que les doten de mejores habilidades interpersonales (Cano et al., 1998; Foshee et al., 1996; López, 1995) y de información sobre conductas saludables (Fisher y Fisher, 1992; citados por Wolfe y Feiring, 2000).

Asimismo, creemos que es conveniente intervenir sobre aquellas variables que, según diversos estudios, se vinculan con el origen de este problema y pueden ser entendidas como variables de riesgo (Foshee, Linder, MacDougall y Bangdiwala 2001), pero bajo una perspectiva integradora, ya que algunos de estos factores también se relacionan con otras conductas de riesgo, tales como el abuso de sustancias, las prácticas de sexo inseguro y las conductas antisociales (Foshee et al., 2001; Wolfe et al., 2003).

Igualmente, si nuestra intención es eliminar violencia en el noviazgo, como aspecto esencial para acabar con toda forma de violencia íntima, no podemos dejar al margen de nuestro trabajo un cuarto elemento que integraría otro tipo de relaciones importantes para los adolescentes, como son la familia y el grupo de iguales, primero, porque las relaciones que se establecen con los amigos y con la familia y, sobre todo, cómo se resuelven los conflictos en la adolescencia, también son revelantes en la explicación de la continuidad de la violencia íntima en la edad adulta (Connolly, Craig, Pepler y Taradash, 2000; citados por Wolfe y Feiring, 2000), segundo, porque unas relaciones familiares y/o con los iguales deficitarias, tienen una cierta importancia en la aparición y mantenimiento de estas conductas (Linder et al., 2002), y tercero, porque cuando un adolescente se decide a contar lo que le está sucediendo, tiende a pensar en un amigo o en algún familiar, especialmente en los primeros (Molidor y Toman, 1998), y ellos deben estar preparados para saber cómo actuar, e incluso anticiparse a una revelación que muchas veces no se produce.

Tampoco debemos olvidarnos del importante papel que deben jugar las instituciones educativas en el objetivo básico de fomentar la tolerancia cero ante toda forma de violencia, entendida en sentido amplio (Kuffel y Katz, 2002), y la ética en las relaciones íntimas (Molidor y Toman, 1998; Wolfe y Feiring, 2000). Molidor y Tolman (1998) advierten de que en muchas ocasiones, las agresiones ocurren en entornos educativos, y que no es un problema más que deban resolver entre ellos. Además, va a ser en los centros educativos dónde existan más facilidades para poder acceder a los adolescentes, y dónde también vamos a poder encontrar una mayor disponibilidad de recursos, tanto humanos como materiales, que no deben de ser desaprovechados.

Por último, sólo nos quedaría abogar por un esfuerzo conjunto entre la totalidad de instituciones, la comunidad científica y la sociedad en general, para frenar toda forma de

violencia en la intimidad de una pareja, un objetivo que sin duda pasa por prestar más atención a lo que está sucediendo en algunas relaciones de pareja de los adolescentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Avery-Leaf, S., Cascardi, M., O'Leary, K. D., y Cano, A. (1997). Efficacy of a dating violence prevention program on attitudes justifying aggression. *Journal of Adolescent Health, 21*, 11-17.
- Barnett, O. W., Miller-Perrin, C., y Perrin, R. D. (1997). *Family violence across the lifespan*. Thousand Oaks: Sage.
- Billingham, R. E., y Sack, A. R. (1986). Courtship violence and the interactive status of the relationship. *Journal of Adolescent Research, 1*, 315-325.
- Bookwala, J., Frieze, I. H., Smith, C., y Ryan, K. (1992). Predictors of dating violence: A multivariate analysis. *Violence and Victims, 7*, 297-311.
- Cano, A., Avery-Leaf, S., Cascardi, M., y O'Leary, K. D. (1998). Dating violence in two high school samples: Discriminating variables. *Journal of Primary Prevention, 18*, 431-446.
- Creasey, G., y Hesson-McInnis, M. S. (2001). Affective responses, cognitive appraisals, and conflict tactics in late adolescent romantic relationships: Associations with attachment orientations. *Journal of Counselling Psychology, 48*, 85-96.
- Fiebert, M. S., y González, D. M. (1997). College women who initiate assaults on their male partners and the reasons offered for such behaviour. *Psychological Reports, 80*, 583-590.
- Follingstad, D. R., Wright, S., Lloyd, S., y Sebastian, J. A. (1991). Sex differences in motivations and effects of dating violence. *Family Relations, 40*, 51-57.
- Foshee, V. A. (1996). Gender differences in adolescent dating abuse prevalence, types and injuries. *Health Education Research, 11*, 275-286.
- Foshee, V. A., Linder, G. F., Bauman, K E., Langwick, S. A., Arriaga, X. B., Health, J. L., McMahan, P. M., y Bangdiwala, S. (1996). The Safe Dates Project: Theoretical basis, evaluation design, and selected baseline findings. *American Journal of Preventive Behaviour, 12*, 39-47.

- Foshee, V. A., Linder, G. F., MacDougall, J. E., y Bangdiwala, S. (2001). Gender differences in the longitudinal predictors of adolescent dating violence. *Preventive Medicine*, 32, 128-141.
- Furr, R. E., y Wetzel, K. (2004, marzo). Physical and sexual violence in adolescent couples. Poster presentado al *10th Biennial Meeting of the Society for Research on Adolescence*, Baltimore, Maryland.
- González Méndez, R., y Santana Hernández, J. D. (2001a). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*, 13, 127-131.
- González Méndez, R., y Santana Hernández, J. D. (2001b). *Violencia en parejas jóvenes. Análisis y prevención*. Madrid: Pirámide.
- Gray, H. M., y Foshee, V. (1997). Adolescent dating violence: Differences between one-sided and mutually violent profiles. *Journal of Interpersonal Violence*, 12, 126-142.
- Gwartney-Gibbs, P. A., Stockard, J., y Bohmer, S. (1987). Learning courtship aggression: The influence of parents, peers, and personal experiences. *Family Relations*, 36, 276-282.
- Hilton, N. Z., Harris, G. T., y Rice, M. E. (2000). The functions of aggression by male teenagers. *Journal of Personality and Social Psychology*, 79, 988-994.
- Kuffel, S. W., y Katz, J. (2002). Preventing physical, psychological, and sexual aggression in college dating relationships. *Journal of Primary Prevention*, 22, 361-374.
- Linder, J. R., Crick, N. R., y Collins, W. A. (2002). Relational aggression and victimization in young adults' romantic relationships: Associations with perceptions of parent, peer, and romantic relationship quality. *Social Development*, 11, 69-86.
- López, F. (1995). *Educación sexual de adolescentes y jóvenes*. Madrid: Siglo XXI.
- Moffitt, T. E., Caspi, A., Krueger, R. F., Magdol, L., Margolin, G., Silva, P. A., y Sydney, R. (1997). Do partners agree about abuse in their relationship? A psychometric evaluation of interpartner agreement. *Psychological Assessment*, 9, 47-56.

- Molidor, C., y Tolman, R. M. (1998). Gender and contextual factors in adolescent dating violence. *Violence Against Women*, 4, 180-194.
- Sharpe, D., y Taylor, J. K. (1999). An examination of variables from a social-developmental model to explain physical and psychological dating violence. *Canadian Journal of Behavioural Science*, 31, 165-175.
- Slep, A. M., Cascardi, M., Avery-Leaf, S., y O'Leary, K. D. (2001). Two new measures of attitudes about the acceptability of teen dating aggression. *Psychological Assessment*, 13, 306-318.
- Wekerle, C., y Wolfe, D. A. (1999). Dating violence in mid-adolescence: Theory, significance, and emerging prevention initiatives. *Clinical Psychology Review*, 19, 435-456.
- White, J. W., y Koss, M. P. (1991). Courtship violence: Incidence in a national sample of higher education Students. *Violence and Victims*, 6, 247-256.
- Wolfe, D. A., y Feiring, C. (2000). Dating violence through the lens of adolescent romantic relationships. *Child Maltreatment*, 5, 360-363.
- Wolfe, D. A., Scott, K., Reitzel-Jaffe, D., Wekerle, C., Grasley, C., y Pittman, A. L. (2001). Development and validation of the conflict in adolescent dating relationships inventory. *Psychological Assessment*, 13, 277-293.
- Wolfe, D. A., Wekerle, C., Scott, K., Straatman, A. L., Grasley, C., y Reitzel-Jaffe, D. (2003). Dating violence prevention with at-risk youth: A controlled outcome evaluation. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 71, 279-291.

©CiberEduca.com 2005

La reproducción total o parcial de este documento está prohibida sin el consentimiento expreso de/los autor/autores.

CiberEduca.com tiene el derecho de publicar en CD-ROM y en la WEB de CiberEduca el contenido de esta ponencia.

® CiberEduca.com es una marca registrada.

©™ CiberEduca.com es un nombre comercial registrado